DEL DESENCANTO A LA ALEGRÍA

“La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con

Jesús”. Esta frase encabeza la exhortación apostólica del papa Francisco Evangelii gaudium

(EG), es decir, La alegría del Evangelio, firmada el día 24 de noviembre del año 2013,

solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo.

En esta su primera exhortación el papa Francisco incluía muchas sugerencias para

emprender y continuar con esperanza y alegría la tarea de la evangelización encomendada a

todos los cristianos. Pero, sobre todo, trazaba un programa de ideales y estrategias con la

intención de orientar a la Iglesia a salir a la calle y llegar a las “periferias existenciales” con

el anuncio del Evangelio.

Ya desde el primer momento, afirmaba el Papa que “con Jesús siempre nace y renace la

alegría” (EG 1). Esta valiente afirmación puede parecer demasiado pretenciosa en una época

marcada por el signo de la secularización de la sociedad y aun de la “cristofobia” más radical,

según el profesor judío-americano J. H. H. Weiler.

Muchos dicen haber encontrado la alegría en las mil diversiones que todos los días nos

oferta nuestro mundo. Pero el papa Francisco señalaba tres manantiales de los que brota la

tristeza de nuestra generación: “El gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y

abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y

avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada” (EG 2).

Es interesante esa mención del ansia de tener, del anhelo de disfrutar y de la voluntad de

prescindir de los demás. En esos deseos se resumen las idolatrías que seducen una y otra vez a

toda persona.

Seguramente, hay otros motivos para el desaliento de las personas que todavía no han

encontrado o han perdido la fe. Pero la tentación del desencanto no les afecta solo a ellos.

También muchos creyentes se ven atrapados en las redes de la tristeza y de la desesperanza.

Por eso, según el Papa, “se convierten en seres resentidos, quejosos, sin vida”.

Ahora bien, ese estado de ánimo no responde al proyecto de Dios. “Esa no es la opción

de una vida digna y plena, ese no es el deseo de Dios para nosotros, esa no es la vida en el

Espíritu, que brota del Corazón de Cristo resucitado” (EG 2).

La exhortación Evangelii gaudium ofrecía como alternativa el reconocimiento de la

vocación del hombre a la trascendencia: “Llegamos a ser plenamente humanos cuando somos

más que humanos, cuando le permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos

para alcanzar nuestro ser más verdadero” (EG 8). Esa idea había de marcar las ideas y los

proyectos del pontificado del papa Francisco.

José-Román Flecha Andrés DEL DESENCANTO A LA ALEGRÍA

“La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con

Jesús”. Esta frase encabeza la exhortación apostólica del papa Francisco Evangelii gaudium

(EG), es decir, La alegría del Evangelio, firmada el día 24 de noviembre del año 2013,

solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo.

En esta su primera exhortación el papa Francisco incluía muchas sugerencias para

emprender y continuar con esperanza y alegría la tarea de la evangelización encomendada a

todos los cristianos. Pero, sobre todo, trazaba un programa de ideales y estrategias con la

intención de orientar a la Iglesia a salir a la calle y llegar a las “periferias existenciales” con

el anuncio del Evangelio.

Ya desde el primer momento, afirmaba el Papa que “con Jesús siempre nace y renace la

alegría” (EG 1). Esta valiente afirmación puede parecer demasiado pretenciosa en una época

marcada por el signo de la secularización de la sociedad y aun de la “cristofobia” más radical,

según el profesor judío-americano J. H. H. Weiler.

Muchos dicen haber encontrado la alegría en las mil diversiones que todos los días nos

oferta nuestro mundo. Pero el papa Francisco señalaba tres manantiales de los que brota la

tristeza de nuestra generación: “El gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y

abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y

avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada” (EG 2).

Es interesante esa mención del ansia de tener, del anhelo de disfrutar y de la voluntad de

prescindir de los demás. En esos deseos se resumen las idolatrías que seducen una y otra vez a

toda persona.

Seguramente, hay otros motivos para el desaliento de las personas que todavía no han

encontrado o han perdido la fe. Pero la tentación del desencanto no les afecta solo a ellos.

También muchos creyentes se ven atrapados en las redes de la tristeza y de la desesperanza.

Por eso, según el Papa, “se convierten en seres resentidos, quejosos, sin vida”.

Ahora bien, ese estado de ánimo no responde al proyecto de Dios. “Esa no es la opción

de una vida digna y plena, ese no es el deseo de Dios para nosotros, esa no es la vida en el

Espíritu, que brota del Corazón de Cristo resucitado” (EG 2).

La exhortación Evangelii gaudium ofrecía como alternativa el reconocimiento de la

vocación del hombre a la trascendencia: “Llegamos a ser plenamente humanos cuando somos

más que humanos, cuando le permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos

para alcanzar nuestro ser más verdadero” (EG 8). Esa idea había de marcar las ideas y los

proyectos del pontificado del papa Francisco.

José-Román Flecha Andrés